Capítulo IV
De polvo en polvo:
Consumo de drogas y violencia en un barrio popular de Quito

Saúl Uribe Taborda
Fredy Aguilar Rodríguez

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

URIBE TABORDA, S., and AGUILAR RODRÍGUEZ, F. De polvo en polvo: Consumo de drogas y violencia en un barrio popular de Quito . In: URIBE TABORDA, S., and AGUILAR RODRÍGUEZ, F., coord. *Etnografías: procesos, experiencias y resistencias sociales* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2020, pp. 145-175. ISBN: 978-9978-10-506-1. <http://doi.org/10.7476/9789978105740.0006>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

CAPÍTULO IV

De polvo en polvo Consumo de drogas y violencia en un barrio popular de Quito

Saúl Uribe Taborda
Fredy Aguilar Rodríguez

Resumen

El estudio se realizó en un barrio popular del Distrito Metropolitano de Quito, donde el consumo intensivo de drogas, en especial base de cocaína, unida a la violencia está deteriorando las relaciones sociales. Es en este contexto donde se procura registrar múltiples violencias, sus usos y formas a partir de la perspectiva de los propios agentes sociales. A su vez, se describe y analiza la violencia interpersonal que experimentan usuarios/as y vendedores/as de drogas, dando cuenta de los mecanismos materiales y simbólicos que tienden a asegurar la continuidad de la misma o su reproducción, tomando en cuenta que en la cultura hay cosas que son observables y otras no, por ser simbólicos.

El trabajo recupera las voces desde dentro (actores sociales), unidas a las de fuera (investigador) permitiendo presentar la realidad en la cual se encuentran inmersos/as usuarios/as y vendedores/as de drogas, en tiempos y espacios reales.

Palabras claves: Etnografía, economías subterráneas, drogas, violencias.

Introducción, breve balance sobre los estudios de violencias y problema

Febrero 2012. Un sol radiante cobija el barrio y la ciudad de Quito. Con un helado en la mano los/las niñas disfrutan de un paseo por el parque, mientras observamos sus jugueteos, nosotros a paso lento nos dirigimos por la insistencia de Chola a tomar asiento para refrescarnos bebiendo agua. Al poco tiempo por uno de los costados del parque se divisa varias motos, junto a un grupo de aproximadamente 80 personas vestidas de negro. Entre pausas, balanceaban un ataúd de unas manos a otras. Era un velorio, sin embargo, no como uno “común y corriente”, tenía un clima de fiesta... Pasamos a verlo en el ataúd, sus ojos no se distinguían no por el hecho de encontrarse cerrados, su nariz desfigurada, daba la impresión de que algo pesado dio con su rostro, su piel corrugada aparentaba estar quemada... Quien murió era un joven de 20 años asesinado por drogas.

La nota anterior presenta la preocupación en la cual gira este estudio, de cómo en un barrio popular se vincula el consumo de drogas y la violencia, cómo la gente responde a ella y la muerte temprana de jóvenes. En cuanto a los estudios sobre violencia y drogas en Ecuador la mayoría de estudios se concentran en la seguridad ciudadana (Carrión, 2009). No obstante, sobre consumo/venta de drogas ilícitas y violencia en sectores populares hay un gran vacío. Los documentos existentes, por ejemplo, los informes del distrito metropolitano y los policiales solo ofrecen aproximaciones cuantitativas. Aquellos trabajos que más se han acercado a esta realidad pueden ser distribuidos en tres líneas: discriminación y resistencias; violencia urbana; y drogas.

La primera línea se encuentra investigaciones locales como las de Eduardo Kingman (2012) sobre “San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio”, otro de Santillán (2006) Jóvenes negros/as. Cuerpo, etnicidad y poder. Para la segunda hay un trabajo significativo de Alfredo Santillán (2008a) que analiza el fenómeno de los “Linchamientos urbanos” como un fenómeno de la circularidad de la violencia, y un artículo de Fernando García (2008) relacionado a los “Ajusticiamientos en el Ecuador”. Por último, en la tercera línea

está Páez (1991), Bonilla (1993) que desentrañan la economía política y las relaciones internacionales del Ecuador con el narcotráfico a fines de los ochenta y principio de los años noventa, sin embargo, su enfoque se ciñe específicamente a una visión de política internacional y política interior. La diferencia la marca un trabajo breve de Alfredo Santillán (2008b) sobre “La circularidad de las economías ilícitas”. Pero quien se ha focalizado en estos estudios es Xavier Andrade (1990, 1993a, 1993b) desde la antropología. Mientras que las producciones en estos últimos doce años han puesto énfasis en visiones psicoanalíticas (Tenorio, 1989, 2002; 2009) del uso de drogas; en experiencias de mujeres mulas (Torres, 2008) desde la óptica de los estudios de género, y las ilegalidades (Núñez, 2006). Estos estudios no toman en cuenta la violencia como categoría de análisis en el tema de drogas. Por último, un estudio cuantitativo y cualitativo perteneciente al Consejo de control de sustancias estupefacientes y psicotrópicas (2011), con la limitación que es un estudio a nivel de país (macro) focalizándose en “Adolescentes infractores”, según el Informe sobre la CAI¹-Ecuador 2011. Frente a este escenario los estudios antropológicos locales son escasos.

Estos puntos de vista vislumbran un panorama de las limitaciones y fortalezas de las discusiones académicas en materia de drogas ilegales y violencia en Ecuador. Por lo que se requiere de “nuevos” acercamientos teóricos, pero sobre todo metodológicos.

La violencia en las ciudades es un tema recurrente en la opinión pública, un tema que problematiza la legitimidad de las fuerzas armadas, la administración local, inclusive, el concepto de ciudadanía moderna (Habermas, 1996). En las ciudades latinoamericanas la inseguridad, la violencia, el crimen han sido actividades recurrentes en su desarrollo y expansión (Carrión, 2009), y esto ha obedecido principalmente a cambios de orden estructural tanto en su interior como en su relación con la economía mundo (Wallerstein, 1979).

1 Centro de Internamiento de Adolescentes Infractores.

Dichos cambios estructurales han agudizado la desigualdad social, incrementando la pobreza, el desempleo y la marginalidad. Cientos de personas arriban a las grandes ciudades en búsqueda de mejores condiciones de vida, sin embargo, se encuentran en el espacio urbano con muchas carencias. Para Javier Auyero:

Junto a las carencias materiales (falta de ingresos suficientes para satisfacer las necesidades básicas) y de infraestructura (falta de pavimento, alumbrado, contaminación ambiental, ausencia de recolección de residuos, alcantarillado, etc.), una de las preocupaciones centrales en la vida cotidiana de los más desposeídos gira alrededor de los distintos tipos de violencia —delictiva, relacionada con el consumo de drogas, doméstica, policial, sexual— que hacen que sus vidas estén en riesgo permanente. (Auyero, & Berti, 2012)

Un riesgo que es alimentado por los múltiples relatos en la prensa y en discursos mediáticos que sugieren que el consumo lleva a ciertas prácticas criminales como pequeños hurtos, robos con el empleo de la violencia, ajustes de cuentas o cobros de deudas de droga, etc. Sin embargo, hasta la fecha existen pocos estudios antropológicos en Ecuador al respecto.

A su vez, existen estereotipos de consumidor como marginado social, potencialmente delincuente, pero muchos consumidores/vendedores tienen trabajos como albañiles, vendedores informales, cuidadores de autos, etc. Esto me lleva a preguntar si hay una relación entre consumo/venta de drogas y violencia urbana. En el país no hay debates sobre si hay o no una vinculación entre el consumo/venta de bazuco o sustancias ilegales y delincuencia o violencia urbana. Tampoco se analiza a que violencias están expuestos y expuestas consumidoras y consumidores que sobreviven en la calle. Por tal razón la importancia de este estudio.

Enfoque etnográfico reflexivo

El trabajo de campo se centra en un barrio popular de la ciudad de Quito², donde se empleó la técnica relato de vida, integrada a la observación participante. A su vez, sobre esto se compaginó las interpretaciones “emic” y “etic”, por un lado, la interpretación que hacen los actores sociales sobre su propia realidad y por el otro, la interpretación hecha por el investigador en el análisis (Andrade, 1990, p. 135). En cuanto a la labor de estudiante de maestría en antropología se intentó ser no traductor del “Otro”, sino “expresar las cosas del mundo social, y en expresarlas, en la medida de lo posible, como son” (Bourdieu, 1999 b, p. 14) esforzándome por “comprender y dar a conocer lo que el universo del saber ignora” (Bourdieu, 1999a, p. 15), de “descubrir las estructuras más profundamente enterradas de los diversos mundos sociales que constituyen el universo social, así como los “mecanismos” que tienden a asegurar su reproducción o su transformación” (Bourdieu & Wacquant, 2005, p. 31).

La pregunta inicial es ¿por qué el trabajo etnográfico y no otro? Para los usuarios/as de drogas, como para los/as “dealer” que habitan en el barrio, hablar del tema de la violencia a un “extraño” es imposible. Aún más prestarse a responder una encuesta realizada por alguna institución gubernamental. Quién pretenda ejecutarla encontrará serios problemas. Por tal razón se requirió de contactos cercanos, de lazos de familiaridad con los agentes sociales y sus espacios.

La confidencialidad fue clave por ser parte de la ética antropológica. Por tal razón, los nombres de los protagonistas y lugares han sido modificados, otros son ficticios y en algunos casos omitidos. Con el firme propósito de proteger el anonimato de quienes formaron parte de este estudio. Las coordenadas de tiempo y espacio han sido alteradas, evitando la identificación de los actores. Siguiendo a Cristian Alarcón “en algunos casos se ha descompuesto a una persona en dos o más

2 Para tomar esta decisión se partió de la idea planteada por Donna Haraway en cuanto a la importancia de los “conocimientos situados” (Haraway, 1995, p. 313).

seudónimos, o sumado a dos personas en uno solo” (Alarcón, 2010, p. 12). Esto hace que el estudio tenga un posicionamiento ético por parte del investigador, como un posicionamiento ético frente a quienes depositaron en mis manos su confianza, cotidianidad y relatos.

Rápida descripción del trabajo

La investigación está distribuida en cinco momentos. El primero presenta los estados de la discusión en materia de consumo y violencia, haciendo uso de categorías como: circularidad de la violencia (Santillán, 2008b), economías subterráneas (Bourgois, 2010), economías informales (Auyero, 2012a, 2012b), violencia simbólica (Bourdieu, 1990), cadenas de violencia (Auyero, 2013) y evitar encarcelamientos (Goffman, 2009). Lo neurálgico del trabajo es el segundo, tercer y cuarto momentos. Presentan sus trayectorias, sentidos y significados que dan a las drogas y violencias. Por último, se presentan algunas conclusiones de la investigación.

Matices y texturas de las drogas y la violencia

El objetivo de este capítulo es entablar una discusión teórica sobre el consumo de drogas y la violencia, desde distintas plataformas del saber social. Generando un componente “binario”, es decir un enfoque desde lo local con alcance global.

Bourgois señala dentro de su trabajo: “El poder de violencia en la guerra y en la paz” la división en cuanto a las tipologías de las violencias presentadas dentro de la Guerra Civil de El Salvador: “Violencia política, estructural, simbólica y cotidiana” (Bourgois, 2002, p. 65). Existen así diversas formas de mirar a la violencia o las violencias, en tanto éstas representan un fenómeno complejo y multidimensional. De la información recolectada, la violencia ha de explicarse en tanto que:

Hay violencia cuando nadie sabe a qué atenerse, cuando nadie puede contar con nada, cuando todo puede pasar, cuando se deshacen las

reglas que hacen previsible los comportamientos y las expectativas de reciprocidad dentro de las interacciones. Ella ha existido a todo lo largo de la historia, lo que se ha modificado, desde el siglo XIX, es la escala y la eficacia de la gestión de la violencia. (Blair, 2009, p. 35)

Se considerará importante entender a la violencia desde “una perspectiva distinta de la criminología, pues a diferencia de ésta no se considera el fenómeno desde una perspectiva individual, sino social, como lo ha impulsado la llamada criminología crítica” (Briceño, 2007, p. 72).

La urgencia en cuanto al cambio de enfoques en el estudio de la violencia se presenta en tanto que, durante las últimas décadas, se ha probado que social y económicamente se han propiciado escenarios de mayor desigualdad, donde lo curioso de “la nueva situación de violencia no es el incremento de los delitos, sino el aumento del componente violento del delito y la letalidad asociada a los mismos” (Briceño, 2007, p. 81).

La nueva situación de violencia evidenciada sobre todo en Latinoamérica obedece a una violencia estructural, “expresión natural de un orden político y económico que parece tan antigua como la esclavitud... la violencia estructural ahora viene con los apoyos simbólicos” (Farmer, 2004, p. 317). Por ende, inentendible únicamente desde lo individual, se ha de considerar que:

Los homicidas de América Latina no son, en su gran mayoría, enfermos mentales, son jóvenes comunes, con el drama de una vida sin sentido y sin futuro, que nos relatan, con una pasmosa tranquilidad y sin remordimiento alguno, cómo han asesinado a dos, tres o más personas. En su restringido medio social la violencia se ha normalizado, en el sentido de Durkheim (1999), y ellos son, apenas, algunos actores de esa normalidad. La violencia es un modo de crecer y de ser respetado, es un mecanismo para sobrevivir ante las amenazas de otros, es una palanca de ascenso social, proscrito por la ley, pero aceptado en su medio social, en fin, es mucho más que patología individual y eso se expresa en el incremento de las tasas de homicidios. (Briceño, 2007: 82)

A esto se añade que:

La violencia es un hecho cultural en sus orígenes y en sus consecuencias. Por eso creo que se deben destacar tres aspectos culturales: la cultura hedonista, la influencia del género y la labor de los medios de comunicación. (Briceño, 2007, p. 83)

Se ha de aclarar, que la violencia está relacionada con el ejercicio del poder, si se vive en una sociedad cuyas relaciones tienen un carácter asimétrico, entonces, es probable que estas relaciones de poder se reproduzcan dentro de las diversas relaciones sociales, en este caso las relaciones de género, Al respecto Foucault dice:

Que el poder no es algo que se adquiera, arranque o comparta, algo que se conserve o se deje escapar; el poder se ejerce a partir de innumerables puntos, y en el juego de relaciones móviles y no igualitarias... el poder viene de abajo; es decir, que no hay, en el principio de las relaciones de poder, y como matriz general, una oposición binaria y global entre dominadores y dominados, reflejándose esa dualidad de arriba abajo y en grupos cada vez más restringidos, hasta las profundidades del cuerpo social. Más bien hay que suponer que las relaciones de fuerza múltiples que se forman y actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones, sirven de soporte a amplios efectos de escisión que recorren el conjunto del cuerpo social. Éstos forman entonces una línea de fuerza general que atraviesa los enfrentamientos locales y los vincula, de rechazo, por supuestos, estos últimos proceden sobre aquellos a redistribuciones, alineamientos, homogeneizaciones, arreglos de serie, establecimientos de convergencia. Las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos esos enfrentamientos. (Foucault, 1977, p. 56)

La violencia, como un problema que atañe a toda la sociedad, y que se la vive en diferentes expresiones, afecta de una manera a unos y otros. Esta no solo se remite únicamente a la agresión física, sino como se sabe también posee otras significaciones a las que están expuestos los sectores populares. Violencia simbólica que trae consigo mensajes implícitos no visibles, pero que circulan en la cotidiana-

nidad de la gente. Tal es el caso de la violencia ejercida a individuos afrodescendientes o indígenas, que en muchos de los casos son encubiertos como violencia “común”.

“La violencia define la vida de los pobres” manifiesta Auyero (*et al.*, 2013) al referirse a las zonas pobres de la ciudad de Buenos Aires, hecho que no es ajeno al contexto ecuatoriano. En Ecuador las drogas y la violencia han sido tratadas de forma distinta, como si ellas fuesen campos ajenos, a su vez, sólo se la aborda a partir de prácticas y discursos “oficiales”, provenientes de instituciones “rectoras” de la “salud” y “seguridad” física y mental de la colectividad³. Estas han ligado la vida en las calles y a quienes la habitan a la ilegalidad. Generando una serie de estigmatizaciones, sesgos sensacionalistas que se han enquistado en el imaginario social, afectando a sectores vulnerables como agentes de violencia, delincuencia, etc. El trabajo de Bourgois (2010) *En busca de respeto, vendiendo crack en Harlem* puede aportar con mayores luces a lo enunciado, por el hecho que denuncia las condiciones estructurales que permiten la precariedad y como estas llegan a la cotidianidad.

Para Bourgois:

(...) La violencia interpersonal, la delincuencia menor y el crimen organizado y desorganizado han reemplazado la violencia politizada de la Guerra Fría. El colapso de los movimientos políticos populares (...) abrió un vacío que ha venido a llenar las iniciativas políticas punitivas dirigidas a los sectores de bajos recursos, iniciativas legitimadas en nombre de la eficacia y autorregulación del libre mercado que, sin embargo, han aumentado la desigualdad socioeconómica en el mundo. (Bourgois, 2010, p. 10)

3 Se refiere a los discursos difundidos por instituciones del Estado, en especial de Salud Pública y discursos difundidos por los medios de comunicación, a proyectos de intervención biomédico y psicológico de ONG, y prácticas represivas por parte de la policía e instituciones “especialistas” en drogas.

La “economía de la droga es una espada de doble filo: mientras sostiene comunidades pobres, simultáneamente las quiebra por dentro” (Auyero, 2013, p. 143).

De polvo en polvo

“Pueden sacar a un hombre de la calle,
pero la calle del hombre, no, nunca jamás.
Es cargar el diablo adentro” (Cinco Esquinas).

La psicología criminal vincula el consumo de drogas con los delitos, o en palabras de Fernández “la fuerte influencia que el consumo de drogas tiene en la comisión de delitos” (Fernández, 2006, p. 91). Esta aseveración tiene muchas implicaciones, entre ellas reducir el consumo de drogas a efectos físicos y psicológicos, atribuir toda la responsabilidad al “sujeto” individual o así llamada “decisión individual del delincuente” y el hecho de “cometer numerosos delitos”. Esto ha generado una mayor estigmatización de los usuarios, catalogándolos como “drogadictos”, con tendencia a la inestabilidad, provenientes de padres y madres inestables (Soria, 2006), o como “en el caso de traficantes las familias son desorganizadas y con características agresivas e inestabilidad moral” (Soria, 2006, p. 225). Determinismos psicológicos que eluden “el contexto político, económico y cultural de los hechos que explican, además de pasar por alto los procesos históricos y la desigualdad entre clases sociales, etnias, géneros y sexos” (Bourgois, 2010, p. 273). Psicología criminal que no toma en cuenta el orden estructural en especial la persistencia de la pobreza, la exclusión social y en este caso la violencia.

Las primeras generaciones que llegan a la ciudad proveniente del campo, ellos/as tenían fuertes controles sociales, por un lado, dados por la tradición de sus lugares de procedencia y por otro, la intervención de la comunidad en los conflictos. En la segunda generación estas formas de control desaparecen, dando cabida a la violencia y el uso de drogas ilegales. Para Briceño “la violencia ocurre en

la segunda o tercera generación urbana, en individuos que nacieron en las ciudades y que habían perdido todo vínculo y memoria con su pasado rural” (Briceño, 2002, p. 39). Este hecho no es ajeno a Cinco Esquinas.

Cinco Esquinas: Mi vieja me decía que era mejor vivir en el campo, ahí todos ayudaban. Cuando había muerto mi abuelo todos en el recinto habían recolectado dinero para el entierro, en la ciudad es otra cosa, cuando murió mi vieja nadie dio nada. Ahí me quedé a vivir con un familiar, pero fue hecho mierda, mi tío tomaba, la mujer igual. Él le pegaba a la mujer, los dos me pegaban, tenía miedo. Salí a la calle a los 11 años, llegué a tener mis patas,⁴ empecé a probar cemento, fumar de todo.

La primera droga que probó Cinco Esquinas fue el cemento de contacto y un tranquilizante llamado Rohypnol,⁵ que en Ecuador casi ya no la hay. Esta droga es conocida como la causante de amnesia. Según me cuenta provocaba la sensación de haber tomado 24 cervezas y seguir en pie “embaladaso”.⁶ Las usaba para pelear en la calle, para dormir, para todo. Luego da con la base de cocaína por amigos que trabajaban en los buses como controladores.

Marcas que matan

“Quien no lo ha vivido no lo sabe,
mi vida está llena de marcas que matan” (*Foca*).

Las drogas al ser una actividad relacionada con la ilegalidad e informalidad son productoras de violencia, por el hecho de la ausencia de mecanismos que regulen y medien conflictos a su interior,

4 Amigos.

5 Pertenece a una clase de benzodiazepinas. Al mezclarse con alcohol, el Rohypnol puede incapacitar a las víctimas, imposibilitándolas de resistir el asalto sexual. Puede producir una amnesia anterógrada, lo que significa que las personas no recuerden lo que les ocurrió cuando estaban bajo los efectos de la droga. También puede ser letal cuando se mezcla con alcohol u otros depresivos.

6 Hiperactivo.

generan una violencia autodestructiva, según se trató en el capítulo anterior. Pero a este hecho se adscribe otro, la frase de inicio pronunciada por Foca, que hace alusión a las experiencias de los retenes⁷ y la “presencia represiva” de la policía en el barrio.

Estudios realizados por Wacquant (2004a; 2010) en los Estados Unidos permiten tener un cierto acercamiento al fenómeno de la cárcel, a los cambios que se han producido al interior del Estado, de un “estado de bienestar a un estado penal”, y cómo la cárcel está concentrando a determinadas poblaciones. Sin duda en Ecuador se encuentran variaciones al respecto (Torres, 2008), donde el “encarcelamiento masivo” (Pavarini, 2010) es su mayor manifestación. Se han sondeado las experiencias previas a las detenciones (Torres, 2008) y la realidad penitenciaria (Pontón & Torres, 2007, p. 68). Pero se ha distado de las experiencias, luego de ser liberados.

La gran mayoría de quienes forman parte de este estudio han sido retenidos por tres o cinco ocasiones, por tiempos cortos de un día, dos días, o una semana, para luego ser liberados/as. Detrás de estas retenciones hay condiciones estructurales. Sobrevivir en la calle ya no solo se limita a la búsqueda de satisfacer necesidades materiales, de infraestructura, sino “evitar” ser detenidos nuevamente, “lidiando” constantemente con la policía (Goffman, 2009). Lo que interesa en este capítulo es cómo están afectando estos dos fenómenos (evitar-lidiar) a la vida cotidiana de usuarios/as, vendedores/as de drogas y el impacto que tiene en la comunidad.

Uno siempre desconfía hasta de la sombra...

El estigma que está generando la cárcel, va acompañado de niveles altos de represión y violencia. Subiendo al sitio donde acostumbraba descansar tuve la fortuna de encontrarme con tres empíricos conocedores de las “economías subterráneas” (Bourgois, 2010): El Tato, la Foca y uno que no acostumbraba a andar con ellos, un nuevo integrante o

7 Cárceles provisionales.

como ellos le decían un: “chamo en el negocio” conocido como el Uñas. Al encontrarme, con ellos la primera pregunta que surge es si traigo conmigo cigarrillos, respondo de forma afirmativa y puedo cruzar varias palabras, mientras “Tato se arma una pistola”. La conversación versa sobre sus experiencias con las drogas, la cárcel y la violencia.

Foca: (Refiriéndose al uso de drogas) Uuuuh mi brother yo llevo en esto desde que me acuerdo son más los años que llevo metido que los que no vendo y me meto esta mierda.

A lo que surge otra respuesta de Uñas:

Uñas: (Habla de la violencia) Vengo de un sitio caliente donde mi viejo le sacaba la puta a mi vieja o siempre estaba borracho y me pegaba a mí, ¿si me cachas? -sí-

Entonces más o menos a los diez este cara de verga me hizo la maldad (fue violado) y ahí es cuando me salí de caleta y comencé a vender droga. Primero empecé con fundas de cemento (cemento de contacto) para los panas del colegio y los guambras de la escuela y luego le entré al polvo (base de cocaína), además uno se intenta buscar la papita para la casa y darse uno que otro caprichito –suelta una sonora carcajada –.

Esta vida si es una mierda, si no te joden los chapas te siguen otros vendedores para darte el vire, si no andas entre algunos te mueres ¿si me cachas? -sí- .

Por eso uno siempre desconfía hasta de la sombra (esta última parte la susurra como evitando ser oído pro sus camaradas).

Frente a este escenario Luis (policía en servicio activo) quien solicitó el anonimato, reflexiona sobre la ineficacia de las instituciones penales en cuanto a tenencia de drogas, pero a la vez, alude que el aumento de los delitos se está dando por la presencia “masiva” de vendedores y usuarios de drogas al barrio. Esto genera tres consideraciones: primero, releer el código penal vigente, segundo, atribuir la causa de los delitos a usuarios y vendedores; tercero, que el consumo y venta tiene una fuerte connotación simbólica. Sin duda circula las drogas, se venden, se compran, pero también circula esa imagen de usuarios y vendedores generadores de terror y violencia. Es en esta circularidad material y simbólica donde la violencia encuentra asidero.

Luis: Hay muchos robos por estas calles (señala la calle principal), la gran mayoría quienes delinquen son gente que están metidos en drogas, aumentando la inseguridad. Nosotros intervenimos cuando se nos informa que alguien está vendiendo, cuando han sido grabados por las cámaras (ECU 911). Les cogemos, les llevamos, pero toca soltarles al siguiente día, porque están limpios, no se le encontró drogas. Frente a esto los compañeros se indignan y lo único que hacen es sacarles la puta, para ver si así escarmentan.

La mayoría de estos actos se los realiza en el retén, cuenta Tato. El retén se ha convertido en un espacio objetivo de relaciones, de posiciones entre quienes ejercen la violencia y quienes la reciben. Pero por otro, también es un espacio donde transitan construcciones simbólicas, donde la discriminación étnica tiene cabida.

Tato: A mí me han encanado tres veces: la primera porque casi le mato al hijo de puta marido de mi hermana por pegarle, y las otra dos por buscarme la comida vendiendo el polvo. Es más jodida la vuelta cuando eres negro porque te joden el doble, te pegan por las huevas, y si te cogen y no te llevan a la cana, te sacan la madre en el retén a punte palo, te lanzan agua helada, pero así toca para poder comer algo.

Este paso por la “cana” ha generado en Tato, aún más en Foca ciertas disposiciones frente a la violencia, ha gestado una dinámica de violentados y violentadores.

Foca: Puta yo he ido a parar como cinco veces, si me ves esto, (me muestra una cicatriz bastante grande en la frente) es como una marca de guerra cuando a un chapa de mierda le rete por grosero, por pegarme. No tenía nada de material ya había vendido todo, pero igual el maricón me quitó toda la plata esa noche, me sacó la puta. Dormí en la calle porque no tenía ni para el bus y estaba botado en otro barrio, y echar pata desde ahí hasta acá, me mataban en el camino.

La primera vez que caí no fue en cana sino en la Dinapen me llevaron por andar fumando una hierba con unos panas de mi anterior caleta, era guambraso cuando yo ya le entraba a la nota, esa era menos adictiva que el polvo.

Un tiempo después caí encanado solo porque en la zona donde vivía antes, me culparon de una man muerta. Nunca entendí bien como

me llevaron y porqué se me culpó de cargarme esa truchita. Salí de la cárcel, ahí sí empecé a echar bala.

Mientras Tato y Foca continuaban hablando pude notar lo frágil de la vida, los niveles de conflicto que se encuentran en la calle, las formas de resolver las diferencias por medio de la violencia, los intereses contrapuestos, y la presencia punitiva de instituciones del Estado. Para quienes viven en la calle la violencia se crea, se reproduce, se reconfigura y se redimensiona.

En difícil poder englobar todo lo que una economía subterránea trae, pero es fácil notarlo en la gente, en sus rostros desgastados, en las lágrimas que antes de caer ya ha secado la violencia. La noche es bastante fría y me resulta casi imposible mantenerme de pie. Enciendo un cigarrillo y hago llegar la cajetilla hasta ellos para que hagan lo mismo, rápidamente me es arrebatada de mis manos y se ve cómo empieza su ritual de preparación de una “pistola” y cómo con el aluminio que es parte de la misma se armaba casi de forma instantánea una pipa artesanal. La cajetilla me es devuelta casi sin contenido y despojada de su vestimenta interior de aluminio. Continué casi de forma imprudente con una conversación:

Investigadores: ¿Cómo se arman las “pistolas”? ¿Qué tienen de diferente con la pipa?

Uñas: La diferencia es grande pues no ves que con la pistola el material se mezcla con el tabaco y en la pipa es picante, entra puro.

Tato: A mí me gusta en tabaco tiene un sabor distinto.

Me dice esto mientras meticulosamente deja caer sobre el asfalto como lluvia una parte del contenido del tabaco sacado con el dedo pulgar e índice, como asfixiando una pequeña víctima de color blanco, luego con el mismo movimiento de los dedos muda el filtro hasta que una parte del mismo se deja ver y lo arranca con los dientes, y cómo una pincelada final de un cuadro le aplica saliva. En este tubillo se entre mezclan la legalidad e ilegalidad de las drogas, enciende un fósforo y la “pistola” es llevada a la boca.

Foto 1. El Pato (Jalando)

Fuente: Uribe y Aguilar

La diferencia entre esta “pistola” y la pistola que lanza balas es que la primera mata al cuerpo desde adentro, dispara en las entrañas, pero igual que la segunda, desata guerras internas, no grandes como las mundiales en nombre de un país, sino, pequeñas con el estandar-te de conseguir el pan. Con una excitación sobre humano deja salir la primera bocanada de humo —como que coge un sabor a tabaco que es exquisito— suelta una risa y dice: “esta es la pistola”.

Foca: Este marica no sabe de la movida en esta pipa que es chiquita uno se pone menos de una funda de polvo y así dura más, lo malo de la pipa es que entra de una y sale igual pero el sabor, el sabor es algo que después de fumar tanto te comienza a gustar. Entre más fuerte mejor.

Mientras me habla de esto deja ver cómo al igual que su colega, enciende su solcito y deja que la llama entre en el hoyo de la pipa, se puede ver, como la base de cocaína se derrita. El olor es bastante fuerte, no es un olor fétido, es un olor químico y solo por el aroma que desprende se puede casi adivinar el daño que produce.

Pretendiendo no ser inoportuno, pregunto por sus familiares, pero lo que consigo es toda una cronología sobre la violencia en la familia, en la calle, por drogas, etc. Para la gran mayoría de quienes viven en la calle, su experiencia de familia está relacionada con la violencia, pero también con el cuidado de sí. En el caso de los hombres se encuentra muchos usos de la violencia para imponerse frente a una mujer, para adoctrinar, o para enfrentarse al propio poder masculino. Mientras que el cuidado de sí se lo efectúa por medio del uso de las armas de fuego o armas corto punzantes.

Tato: Puta loco mejor yo ese tema ni toco me cabrea acordarme de mi viejo él vivía para pegarme a mí y a mi vieja cuando tuve la edad de defenderme y le lance un par de puñetes, me botó a la calle. Mis otros dos hermanos el uno no sé dónde estará y el otro me lo mataron en una balacera peleando por vender ahí si un material mejorcito que nos sabía traer un pana: la triqui (cocaína) ahorita que me haces acuerdo, esa fue mi primera balacera. Ahí entendí el valor de andar con tu chispa como si fuese una mano, porque sientes hasta como un poder. Alguien te jode “pum pum” y acabas con otro hijo de puta más que respira de gratis, a mí me cabrea la gente enlucada (pudientes) porque te ven vacilando tu joda o prendiendo tu nota y se asustan si esto de meterse el polvo es de lo más normal ¿Si o si mi Foca?

Foca: Simón negro uno jode tranquilo en una esnaqui (esquina) pero las viejas pasan y lo ven a uno como un bicho como una rata. Y bueno siguiendo con lo de la familia, era mi mamá y nadie más, hasta que se me abrió la man para las Españas, ahí se acabó porque me mandó a vivir con unas primas, allá terminé la escuela y seguí unos dos años en el colegio, ahí le conocí al Diego, el triquero le decían. Yo no cachaba bien hasta que me contó la movida, ahí comencé a vender, hasta que me cacharon las mopris (primas) y me mandaron dos meses. Viví con el triquero hasta que se me armo un trovo donde le zurcí a puñalada a un verga alevoso y me vine a Quito aquí paso más fresco no fumo tanto y vendo lo que más puedo para seguir comprando y seguir vendiendo.

Uñas: Yo aquí en esta zona soy lo que es nuevo, pero a mí lo único que me queda es mi ñora (esposa) y mi pulguita (hija), el resto de mi familia me despreció desde el principio, me largué, al comienzo

inhalaba cemento (cemento de contacto) para no acordarme del hambre pero de ahí vino esta movida del polvo y ahorita vendo para darle de comer a mi family (familia).

Entre conversaciones me dispongo a seguir mi rutinario camino con una ansiedad parecida a la que se siente cuando algo se deja inconcluso. Me hubiese gustado adentrarme aún más, pero el ambiente se ha tornado pesado, por la presencia de un patrullero en el lugar, sobre todo la “agresividad” que muestran frente a la presencia de este. Se ofrecen acompañarme a casa, a lo que respondo afirmativamente, tomamos otro camino distinto al usual, pasamos por un pequeño y oscuro patio improvisado donde el Foca golpea una pequeña y casi impenetrable ventana que ha sido ennegrecida por el smog.

¡Madrina puede venderme un dólar de puntas!

Una señora que emerge de la obscuridad abre la ventanita y entrega el producto. Antes de continuar Tato comenta:

Estos son los caprichitos que me gustan –sobre un poco del alcohol, sus aliados lo hacen también y citan casi lo mismo que Tato– .

Foca: Veras uno cuando se trabaja en la calle y se trabaja tan duro este trago es un caprichito –sueltan una carcajada–

Uñas: Cierto mi pana es lo único que tenemos – toma un sorbo -

Al llegar a una cuadra de la casa la despedida es bastante peculiar. Foca me abraza y me permite oler el mismo químico aroma que había percibido cuando fumaba la droga, impregnado en su ropa por el uso cotidiano de la misma. La despedida con todos es similar, con un abrazo, lo que varía son las palabras finales; toda una disertación sobre dilemas éticos en la investigación social: la confidencialidad de quienes participan de nuestros estudios, el uso de la información, hasta qué punto estamos inmersos y hasta qué punto tomamos una “distancia epistemológica”.

Uñas: Utilice bien lo que le hemos dicho.

Foca: Hermano, sin nombres

Tato: Vaya a la caleta por la sombra rey, si tienes un problema cuéntanos, le damos el vire a quien sea.

Son hombres que si mueren no tienen quien les llore sus lápidas, ni escriba sus epitafios. Este mundo dentro de otro mundo, esta tierra dentro de otra tierra, este llanto acallado es el que he tratado de comprender, donde la desconfianza es su mayor característica y la cárcel su mayor marca.

En la calle tienes que hacerte respetar

“En la calle tienes que hacerte respetar (...) si no te haces respetar todo el mundo se aprovecha. Imagínate, a mi novio le aguantaba todo, hasta le compraba droga, un día me cansé porque le encontré con otra y le metí cuchillo”

(Chola, 2013).

Los temas punitivos y represivos tratados en el capítulo anterior ofrecen una vista interna de cómo se está irradiando la violencia, pero sobre todo el papel que juegan las instituciones en dicha reproducción. Pero ¿qué pasa con las mujeres de la calle? “Chola”⁸ una joven de 21 años de edad me brindó una idea panorámica de la propagación de la violencia, en especial sexual. Entre las muchas conversaciones que entablamos con Chola, comentó que preferiría haber nacido hombre “porque la calle es peligrosa para una mujer, te violan, abusan de ti, por eso hay que defenderse, hay que aprender a pelear como hombre”. Frases como esta dan cuenta cómo la vida en la calle para una mujer cambia completamente, generando fracturas con la idea hegemónica de la mujer “abnegada”.

Para Auyero:

Junto a las carencias materiales (falta de ingresos suficientes para satisfacer las necesidades básicas) y de infraestructura (falta de pavimento, alumbrado, contaminación ambiental, ausencia de recolección de residuos, alcantarillado, etc.), una de las preocupaciones

8 Es así como la conocen en el barrio, proviene del nombre Chola que determina la calidad de la marihuana.

centrales en la vida cotidiana de los más desposeídos gira alrededor de los distintos tipos de violencia —delictiva, relacionada con el consumo de drogas, domésticas, policial, sexual— que hacen que sus vidas estén en riesgo permanente. (Auyero *et al.*, 2012)

Riesgos presentes en la vida cotidiana de estas mujeres, desde la niñez hasta la adultez. Por tal razón este capítulo presenta las “cadenas de violencia” (Auyero, 2013) a las que están expuestas. No se trata aquí de estudiar “los medios creativos, (...) que *usan* para estar vivas”⁹ (Scheper Hughes, 1997, p. 509) muy estudiados por Bourgois (2010) y Scheper Hughes (1997), sino a la violencia que están expuestas y cómo interactúan ante ella. “En la calle tienes que hacerte respetar” presenta el entramado de la violencia intrafamiliar, violencia sexual experimentada por muchas mujeres usuarias de drogas en dos ámbitos de interacción: la familia y la calle.

Para las mujeres partícipes de este capítulo sienten que el monopolio del poder por parte de sus padres en casa ha “desaparecido” en la calle, porque en esta se “impone la fuerza”. Algunos padres han perdido el “control” de sus hijos e hijas usuarias de drogas y la única forma de mantenerlo es haciendo uso de la violencia física. Esta “crisis de patriarcado” (2010, p. 230) como la llama Bourgois se refleja en las calles, donde él “antiguo autoritarismo patriarcal se ha reorganizado” (p. 230), pasando de una niñez saturada de violencia intrafamiliar, a la reproducción de la violencia en calle por parte de estas mujeres.

Si estas marcas hablaran...

Recuerdo muy bien la tarde que logré tener contacto con Chola, fue al año de mi llegada al lugar. Di con ella gracias a unas religiosas de los Sagrados Corazones. La primera vez que la miré caminaba presurosa, su postura casi militar, con una mirada que trataba de generar temor a los transeúntes. Vestida con tres pantalones sobrepuestos y dos chompas, daba la impresión de ser alguien fornido.

9 Las palabras en cursiva son de mi autoría, en el texto original está en singular.

Mientras se acercaba lanzaba frecuentes insultos “sartas”, “hijos de puta”, “maricones” a sus “compañeros de calle” como ella los llama. Entre ellos Cinco Esquinas quien solo se limitaba a escucharla sin hacer ningún reparo a sus palabras.

Los primeros meses consideré que esa forma de presentarse generaba cierto respeto en la calle, pero con el tiempo me di cuenta que era una estrategia de supervivencia frente a la yuxtaposición de violencias en la calle.

Es así que al año empecé a ganarme su amistad, accediendo a los relatos sobre el miedo que le generaba vivir en la calle a Chola, pero sobre todo los sufrimientos cotidianos. Pocas veces tuve la oportunidad de hablar a solas con ella, porque la gran mayoría de tiempo estaba acompañada de su ex pareja y otros pretendientes, que pensaban “si un hombre y una mujer están a solas, él se la quiere tirar”. Frente a esta malicia masculina de la calle no tuve otra opción que hacerme acompañar por alguna de las religiosas, caso contrario me exponía a ser acuchillado.

Uno de esos momentos a solas fue un viernes por la mañana, cuando la encontré recogiendo botellas en el basurero para venderlas por algo de dinero. Noté que sus manos llevaban quemaduras, producidas por su pipa de aluminio con la cual inhala base de cocaína. A igual que Cinco Esquinas sus dientes están propensos a caer por las infecciones, y sus labios lacerados de llagas. Esta primera conversación me condujo a su experiencia de violencia sexual.

Chola: Me fui de la casa porque mi padrastro me violó. Pero mi vieja no me creyó, le creyó mejor al marido, dijo que me largue, que soy una perra, una puta, que no sirvo para nada, me botó de la casa. Tenía once años, cuidaba a mis hermanos, a veces el niño se me caía, el marido me pegaba, me bañaba en sangre. Encima de eso abusaba sexualmente de mí. No soporté y me fui a la calle. A los once años y medio ya vivía en la calle.

Violencia sexual como esta ha sido vivida por numerosas usuarias de drogas en su infancia. Una infancia marcada por la violencia familiar, sexual y directa. Chola al igual que muchas otras mujeres, han vivido la violencia mucho antes de llegar a la calle o dar con las drogas, como dice ella, “la vida es difícil para una mujer”, revelando que en el proceso de vida de la infancia a la adultez se ha triplicado la desprotección.

Para ella, si la mujer sufre violencia en casa no tiene más que dos opciones: quedarse con su marido cuidando de sus hijos porque no tiene a dónde ir, o pasar a vivir en la calle. Recuerda con enfado “a mi vieja (mamá) siempre el marido le pegaba, yo no podía hacer nada, sólo me escondía, ella estaba sola en esta vida. Muchas veces le botaba de la casa, pero regresaba”. Su madre a igual que Chola experimenta una violencia que marca jerarquías entre hombre/mujer. Cuando le pregunto cuál era la reacción de la madre a los maltratos de su pareja, ella responde “Nada”, siendo la pasividad otro componente para la naturalización de la violencia dentro de la familiar.

A este hecho se une la violencia física vivida en la escuela, propiciada por sus profesores y reivindicada por su madre. En el espacio escolar la violencia cumple la función de disciplinar “errores” siendo un trabajo exclusivo de los adultos obligarla, donde “la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la *división* (en el sentido de repartición) de los poderes” (Bourdieu, 1990, p. 119) impuestos por la fuerza.

Chola: No era buena alumna en la escuela, no había tiempo para hacer deberes por cuidar a mis hermanos. Encima de eso tenía un profesor que me daba con el cabresto¹⁰ si no sabía la lección, le tenía un miedo, siempre los lunes llegaba con mal humor. Otra profesora nos hacía arrodillar sobre tillos¹¹ de cola si nos encontraba jugando o conversando en el aula, siempre decía “guambras vagos, sólo para jugar sirven”. Un día en el recreo empezamos a jugar pelota, no me di cuenta y lancé

10 Es un látigo, elaborado con cuero de ganado bovino

11 Tapas de botella, no de rosquita, sino aquellas que contienen aristas y se las abre por medio de un destapador.

una patada muy fuerte que el zapato dio contra el vidrio rompiéndole en tres pedazos. En el aula el profesor a todos nos dio tres cuerazos (latigazos) atrás (con su mano indica la nalga) y dos en las manos. A mí que rompí el vidrio muy enojado dijo: “¡No vienes a clases si no llegas mañana con tus papás!”. Yo no sabía cómo avisarles, más era por el miedo de la paliza que me iban a dar. A la noche les avisé, mi vieja de las iras cogió una sogá y me dio en la espalda hasta dejarme tiras. Al otro día fuimos a la escuela. El profesor le contó lo que había pasado, me acuerdo que mi vieja dijo: “Está bien que le haya dado con el cabresto para que ojalá así aprenda a no hacer tonteras”, luego, sacó la correa, delante de todos me volvió a pegar. A la semana me retiró de la escuela, Yo llegué a pensar que así era la vida, paliza tras paliza.

La violencia a muchas mujeres habitantes de la calle les ha acompañado desde su niñez, haciendo de sus vidas un sufrimiento constante: sufrimiento en casa, en la escuela. Para Chola como para algunas de sus “compañeras de calle”, lidiar con estos sufrimientos les hace complejo.

Chola: Mira es difícil vivir pegada toda la vida. Una tarde el marido de ella me estaba pegando muy fuerte, trató de defenderme, diciéndole “sólo yo tengo el derecho de pegarle” por decir eso, también a ella le pegó. La vieja estaba cabreada, se levantó bien emputada, empezó a lanzar cosas. Yo estaba con mi hermanito sentada en una esquina llorando y con miedo, hasta que una de esas sentí un golpe en la cabeza (señala el lugar del percance), me dio con un sartén. No me creerías, ese día la vieja estaba poseída, me rompió la cabeza. *Investigadores:* ¿Te llevó algún médico?

Chola: No, las veces que me rompía la cabeza, sólo me ponía cáscara de huevo y ya. Sólo una vez me llevó porque no paraba de salir sangre. A la enfermera le mintió que me caí y la gil le creyó.

Mi vieja si era una bacana. Cuando estaba más grandecita, si ves unos puntos aquí (señala con su dedo índice) tuve una pelea, una man viene y me da con un palo. Ese rato mi jefa también le dio lo suyo, a la tarde se armó una guerra de todos contra todos.

Mira yo sé que mi vieja hizo muchas huevadas conmigo, pero la extraño, ella también sufría como yo.

Estas marcas que tengo (señala su cabeza y cintura) son amarguras, si estas marcas hablaran, no terminarían de hablar.

Violencias como estas han configurado y van configurando la cotidianidad de estas mujeres. No se trata de decir que la naturalización de la violencia es “culpa” de las propias mujeres, sino factores externos que permiten su naturalización, por un lado, la complicidad y por otro, la incertidumbre de no saber que hacer frente a la violencia. En relación a esto tiene mucha razón Bourdieu (2013, p. 17) al decir que “los dominados siempre contribuyen a su propia dominación, (...) a la vez, que las disposiciones que los inclinan a esta complicidad son también efecto, incorporado, de la dominación”.

Caminar por las calles del barrio se ha vuelto parte de mí, en un espacio de encuentros, conflictos y disputas. A la Flaca, Chola, Gata, Negra, Jenny y todas las mujeres que participaron para generar este capítulo, el miedo las domina, un miedo a ser violadas, a no conseguir alimentos, vestidos, etc., “condenándolas” a seguir experimentando violencias cotidianas. El sentimiento de miedo que experimentan a diario ha organizado y sigue organizando sus relaciones sociales y el espacio donde habitan. La violencia va deteriorando sus vínculos de forma acentuada, rompiendo con la cotidianidad, generando tensión permanente.

Para las usuarias de drogas que viven en la calle las violencias no son diferenciables, forman parte de un mismo conjunto. A manera de hipótesis se puede decir que la violencia hacia las mujeres usuarias se ha cuadruplicado: en la infancia, en la escuela, en la calle y frente a las drogas, generando una mayor desprotección. Sus vidas han estado cubiertas de inseguridad, para ellas la idea de seguridad les es ajena (Auyero, 2013).

Esto no solo afecta a estas mujeres, sino que la violencia está contribuyendo a que se genere un mayor quiebre de las instituciones tradicionales: familia, escuela, policía, Estado, etc., porque va generando un abismo profundo entre ellas. Con la violencia las relaciones de estas mujeres se están rompiendo.

Al momento de desfragmentarse los lazos no es que permite nuevas relaciones, es todo lo contrario, se acentúan poderes existentes como: el poder del padre sobre la familia, el poder de la mejor luchadora sobre otra, el poder masculino en los intercambios, el poder de una vendedora sobre el usuario/a de drogas, el poder de una usuaria sobre un usuario. En todas estas “cadenas de violencia” (Auyero, 2013) como de sufrimientos, las víctimas se convierten en victimarias, inclusive reproduciendo formas de *dominación masculina* en palabras de Bourdieu (2002).

La participación de mujeres en economías informales y consumo de drogas se ha acentuado en el sector, su participación es activa. Estas no rompen con el dominio de lo masculino, al contrario, lo reproducen —es decir— la violencia tiene que ser vista como un mecanismo de reproducción del poder masculino.

Conversaciones con micro traficantes hombres en colegios de la ciudad de Quito, permite dar cuenta, de este hecho. Segundo contó lo siguiente:

En los recreos las que se acercan más y gastan bastante comprando son las mujeres, cada semana gastan 30 dólares, mientras que los hombres 5 dólares a 10 dólares. Las mujeres hacen de todo para consumir, por eso no me faltan mujeres, porque cuando no tienen les regalo por sexo. (Nota de campo, 2011)

Sin duda este hecho se da en colegios, pero en la calle la posición de la mujer es otra, generan mecanismos para posicionarse, pero el predominio de lo masculino sigue vigente.

La interacción con estas mujeres también me ha llevado a comprender que detrás de estos mecanismos hay rituales. Rituales entorno a la violencia experimentada y reproducida que se enmarcan en rituales de jerarquía de género, en cuanto son simbolizaciones que persiguen generalmente la estabilidad de las jerarquías, la desigualdad y exclusión, haciendo que las brechas de género se acentúen (Casares,

2006). Hay una resistencia a la violencia por parte de estas mujeres, el problema radica en que la resisten con violencia. (Auyero, 2013)

Por último, considero importante instar a reflexionar sobre la deconstrucción de aspectos “biológicos”, que han generado un dualismo sexual y en cuanto a la eficacia de los símbolos para “naturalizar” las desigualdades y la violencia. Donde las diferencias sociales son presentadas inmutables, estableciendo la imposibilidad de cambio por razones “naturales”, el poder de simbolizar el género, y más concretamente los estereotipos de género, es que las desigualdades entre hombres y mujeres parezcan perfectamente naturales.

Este trabajo desmiente que la violencia es exclusiva de sectores marginales (usuarias/os de drogas) solo como productores de violencia, sino que a quienes más afecta de forma letal e irreversible son niñas, niños y mujeres, tomando en cuenta que son la cabeza de quienes más sufren la violencia.

Breves conclusiones

“El mejor estudio etnográfico nunca hará del lector un nativo (...) Todo lo que puede hacer el historiador o el etnógrafo, y todo lo que podemos esperar de él, es ensanchar una experiencia específica a las dimensiones de una más general”

(Lévi Strauss en Auyero, & Swistun, 2008, p. 209).

Cuando me propuse realizar este estudio tenía en mente trabajar el tema de las drogas y las estrategias de supervivencia. Durante la permanencia en el barrio me di cuenta que a la gran mayoría de la gente no le interesaba hablar sobre drogas, ni a los propios usuarios, sino conversar sobre sus sufrimientos, sobre la violencia a la cual están expuestos, sus desilusiones escolares y laborales, su falta de oportunidad y sus anhelos de un mejor porvenir. Para Cinco Esquinas, Gata, Chola, Foca, Uñas, etc., su cotidianidad no dista de la de Luz, comparten la lucha diaria para poder sobrevivir.

Sin ánimos de generar una idea negativa del barrio y de sus habitantes se trató de presentar las cosas y los diálogos, así como se dieron, sin omitir las palabras que pueden ser agraviantes. Porque este “trabajo etnográfico se enmarca en lo que Pierre Bourdieu llamó “efectos del lugar”. El principio esencial de lo que se vive y se ve en el terreno —el testimonio más impresionante y la experiencia más dramática— está en otro lugar.” (Auyero, & Swistun, 2008, p. 218). Un lugar llamado el barrio.

Las narraciones presentadas se enmarcan en lo que Auyero llama “una etnografía del sufrimiento... es un análisis de las voces de quienes padecen, pero es también un estudio de las narrativas que circulan alrededor de las vidas de quienes lo padecen” (2008, p. 218). Estudiar las drogas y la violencia a partir de estas narraciones, brotan como resultado de esa preocupación fallida de décadas de fracasos por parte de instituciones tradicionales: familiar, iglesia y Estado que han rechazado los cambios y han priorizado sus preocupaciones dogmáticas. “Las drogas aparecieron como producto de esos giros (cambios) y se instalaron en el mundo del que no se les podrá erradicar con ningún tipo de guerra” (Tenorio, 2009, p. 12).

En relación a la violencia comenta Auyero:

Las distintas violencias en los barrios más relegados... tienen un impacto que va más allá del aquí y el ahora —los demógrafos hablan del “largo brazo de la infancia” haciendo referencia a las consecuencias de largo plazo que tienen en las que los individuos crecen y se desarrollan desde temprano en sus vidas. Las ciencias sociales y la psicología han estudiado los efectos que producen la exposición crónica a distintos tipos de violencia (truncamiento del desarrollo cognitivo y moral, adaptación patológica a la agresión física, etc.). Altos niveles de ansiedad, depresión y temor suelen afectar no sólo a quienes experimentan actos de violencia de manera directa, sino también a quienes son testigos de ella, más aún cuando distintas formas de violencia ocurren de manera simultánea. (Auyero *et al.*, 2013)

Violencias que se dan en espacios determinados, por donde circulan sistemas simbólicos. El barrio es un espacio donde la semiología de los hechos y los actos cobran otro sentido, un sentido determinado por la supervivencia, el respeto mediante la fuerza, la defensa de los espacios, el uso de armas, los lazos de parentesco simbólico, las ayudas, la amistad, los conflictos, etc.

Aquí las “reglas formales” establecidas por la cultura occidental se ven devaluadas. La acción como ha sido concebida en occidente entra en confrontación consigo misma. El supuesto Kantiano de obra de tal manera que estos actos sean válidos para todos, como un hecho imperativo, la calle lo devalúa. En estos espacios los “juicios” de valor son no universales. La calle vendría a representar en palabras de Dussel: “(...) relaciones reales entre personas, carnales, “infraestructurales” (si con esto se comprende lo económico, lo productivo, lo ligado a la sensibilidad, la vida, la corporalidad)” (Dussel, 1986, p. 91). La calle es un espacio de conflictos y alianzas, de quiebres y reconstrucciones donde la presencia de lo múltiple configura la cotidianidad, es decir, configura las formas de actuar, pensar, sentir y creer.

En las calles del barrio se manejan algunos códigos de solidaridad, generosidad y en algunos casos utilidad, donde se jerarquizan las relaciones y se construyen términos de poder, *relaciones de poder simbólicas* (lealtad, efectividad, valentía, obediencia). Pero estas también responden a condiciones estructurales, a una organización de la violencia “producto de un trabajo histórico”. Al respecto dice Wacquant que el “(...) Estado como organizador colectivo de la violencia *apunta* (mis palabras) al mantenimiento del orden establecido y al sometimiento de los dominados” (2004a, p. 106) en el caso del barrio por medio de mecanismos de represión.

Por tal razón, inicialmente se priorizó la óptica de los violentados, más que de los violentadores. Sin obviar que en esta relación los dos van juntos. A partir de esto se desarrolló una “descripción lo más luminosa y densa posible” (Geertz, 1973; Katz, 2001 y 2002 en Auyero, Auyero, & Swistun, 2008, p. 212) de la relación consumo de drogas y

violencia. Sin olvidar “los dilemas morales y políticos que éstas implican en los intentos por representar el sufrimiento y la dominación ajenos” (Kleinman *et al.*, 1997 en Auyero, & Swistun, 2008, p. 216).

Entre los hallazgos primordiales están que el consumo de drogas y violencia se vinculan por la presencia de la informalidad e ilegalidad. En materia de drogas la ilegalidad e informalidad son generadores de violencias. Como se pudo observar la gran mayoría de usuarios y usuarias de drogas en especial base de cocaína se enfrentan a diario con la violencia, ya sea porque el vendedor le proveyó de una droga muy ligada (mezclada con otras sustancias), o el usuario le debe dinero al vendedor. En el primer caso no es que el usuario va a utilizar mecanismos “legales” para que le entreguen su dinero o le den otro producto, caso que si sucedería con alguien que va a comprar en una distribuidora de licores percatándose que la fecha para ingerirlo ha caducado. Con esto no se está diciendo que la base de cocaína puede ser vendida en un micro mercado debido a sus efectos nocivos o la tienda del barrio a pesar que esto si sucede. Mientras que, en el segundo caso, no es que el vendedor va a denunciarle al comprador en uno de los circuitos de la policía comunitaria por haber faltado al pago. Si no paga lo mata y si huye habrá alguien que asuma su deuda: su familia, amigos. Estas complejidades radican en que la única forma de medir estos conflictos es con la violencia, afectando no solo la relación consumidor-vendedor sino al entramado de relaciones en el barrio quienes la reciben, quienes la observan y a los propios/as ejecutores/as que la siguen reproduciendo. La informalidad e ilegalidad hacen que los usuarios estén expuestos a mayores niveles de violencia.

Bibliografía

- Alarcón, C. (2010). *Si me querés quereme transa*. Buenos Aires: Grupo editorial Norma.
- Andrade, X. (1990). ‘Me despierto, me pego un duchazo...’ Sobre el comercio de drogas ilegales en pequeña escala. En Laufer *et al.*, *Narcotráfico y deuda externa. Las plagas de América* (p. 133). Quito: CAAP, CIUDAD, CERG. CECCA.

- _____. (1993a). Narcotráfico efectos sociales: consumo y violencia en Ecuador, a inicios de los noventa. En Roberto Laserna (Comp.), *Economía política de las drogas. Lecturas Latinoamericanas* (p. 167). Cochabamba: CERES, CLACSO.
- _____. (1993b). *Historias de riesgo e identidades en tensión: Hablan un traficante y un etnógrafo*. Quito: FLACSO.
- Auyero, J., & Swistun, D. (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.
- Auyero, J. (2012a). Cadenas que matan. *Página 12*, abril 25. Recuperado de: <https://bit.ly/329eVwq> (15-08-2013).
- _____. (2012b). Los sonidos de la violencia. *Página 12*, julio 13. Recuperado de: <https://bit.ly/2L8GtLo> (20-05-2013).
- _____. (2013a). En los sectores populares, el mismo estado que interviene es el que está produciendo el delito. *La Nación*, julio 21. Recuperado de: <http://bit.ly/2lo0418> (25-7-2013).
- _____. (2013b). La violencia define la vida de los pobres. *Tiempo Argentino*, mayo 19. <http://bit.ly/2mQE1AF> (18-7-2013).
- Auyero, J., & Berti, M. F. (2012). *Toda violencia se paga*. Recuperado de: <https://bit.ly/329e5Qi> (08-11-2013). Universidad Nacional de San Martín.
- _____. (2013). *La violencia en los márgenes*. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense. Buenos Aires: Katz.
- Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Revista Cultural y Política*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Bonilla, A. (1993). *Las sorprendentes virtudes de lo perverso: Ecuador y narcotráfico en los 90*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- _____. (1999a). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- _____. (1999b). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- _____. (2002) *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- _____. (2013) *La nobleza del Estado*, Buenos Aires Siglo XXI:
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourgois, Ph. (2002). *El poder de violencia en la guerra y en la paz*. Buenos Aires: Apuntes de investigación del CECYP.
- _____. (2010). *En busca de respeto, vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Briceño-León, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías*, 8, 39.

- _____. (2007). La singularidad de la violencia en América Latina. En *Sociología de la violencia en América Latina*. Quito: FLACSO-MDMQ.
- Carrión, F. (2009). *Economía política de la inseguridad ciudadana*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- _____. (2010). *El laberinto de las centralidades históricas en América Latina: el centro histórico como objeto de deseo*. Quito: Ministerio de Cultura.
- Farmer, P. (2004). An Anthropology of Structural Violence. *Current Anthropology*, 3, 305-325.
- Foucault, M. (1977). *La voluntad del saber*. Historia de la Sexualidad. Tomo I. Madrid: Siglo XXI.
- García, F. (2008). Ajusticiamiento en el Ecuador: ¿solamente un fenómeno de clase? *Ciudad Segura*, 22, 2-3.
- Geertz, C. (2001). Descripción densa. En *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Goffman, A. (2009). On the Run: Wanted Men in a Philadelphia Ghetto. *American Sociological Review*, 74, 339.
- Kingman, E. (2012). *San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio*. Quito: Flacso, Heifer International.
- Núñez, J. (2006). *Cacería de brujos: drogas ilegales y sistema de cárceles en el Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Pontón, J., & Torres, A. (2007). Cárceles de Ecuador: los efectos de la criminalización por drogas. *Urvio*, 1, 53-73.
- Santillán, A. (2006). *Jóvenes negros/as Cuerpo, etnicidad y poder* (Maestría en Antropología). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- _____. (2008a). Linchamientos urbanos. "Ajusticiamiento popular" en tiempos de la seguridad ciudadana. *Íconos*, 31, 57-69.
- _____. (2008b). La circularidad de las economías ilícitas. En Jenny Pontón y Alfredo Santillán (Comp.), *Nuevas problemáticas en seguridad ciudadana* (p.124). Quito: Flacso, Distrito Metropolitano.
- Tenorio, Rodrigo (1989). *Los niños en la calle y el uso de drogas*. Quito: Fundación nuestros jóvenes.
- Tenorio, R. (2002). *Drogas, usos, lenguajes y metáforas*. Quito: El Conejo.
- _____. (2009). *El sujeto y sus drogas*. Quito: El Conejo.
- Torres, A. (2008). *Drogas, cárcel y género en Ecuador: la experiencia de mujeres "mulas"*. Quito: Flacso.
- Wacquant, Loïc (2004a). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- _____. (2004b). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.